

DIARIO DE UNA ENFERMERA

¿Planta?,-Diana tenemos un ingreso, señor de 86 años con insuficiencia cardiaca y EPOC reagudizado.

-De acuerdo súbemelo a la 108-1.

Apenas pude verlo por encima del mostrador cuando las auxiliares y el celador se disponían a trasladarle a su habitación. Manuel...86 años...creo que no ha estado antes aquí...¿o sí?

Manuel, le digo mientras le retiro la mascarilla de oxígeno un momento para que pueda responderme, sus ojos tristes, hundidos por el paso del tiempo, reflejaban ese brillo especial, ese que sólo las lágrimas recientes dejan, ese brillo que delata aflicción, angustia, una tristeza que sólo él mismo es capaz de comprender. Inmediatamente me doy cuenta de que me resulta familiar; salgo de la habitación dispuesta a conocer a su familia, en busca de una respuesta a su estado de melancolía que no hacía más que agravar su enfermedad, y cuando veo a sus hijos, serios, tristes también, con expresión de preocupación y a la vez de desesperanza, de cansancio, entonces me doy cuenta de quién es Manuel y ellos poco tardan en confirmar mis sospechas.

Manuel había estado antes ingresado en nuestra unidad por un EPOC crónico que requería de cuando en cuando nuestros cuidados. Un hombre trabajador pues pese a su edad seguía manteniendo el huerto y ayudaba a sus hijos con las tierras; en su rostro, arrugado por el tiempo y con ese color característico de aquellos que pasan los días bajo el sol, se dejaba ver una expresión de bondad, humilde. Debo decir que los años acaban desdibujando a su antojo nuestra imagen pero sólo algunos consiguen que la piel arrugada ya por tantas emociones pasadas a lo largo de la vida reflejen facciones bellas, dulces, reveladoras de haber sido alguien afable, generoso y sensible.

Manuel, en sus ingresos en el hospital había sido acompañado día y noche por su mujer, Isabel. A pesar de los intentos de los hijos por relevarle en su cuidado Isabel no se separaba de su lado, siempre atenta, agarrándose a la mano de su marido con fuerza, sin quitar la vista de él hasta que se recuperaba y era dado de alta y, agradecidos, se iban a su casa. Manuel e Isabel eran una de esas parejas que inevitablemente levantan comentarios en el control de enfermería, una de esas parejas dignas de ser envidiadas, de las que te hacen pensar que han superado todo juntos y pese a los obstáculos, a las dificultades, a la edad, las miradas entre ambos seguían demostrando una complicidad, un cariño mutuo que resultaba muy difícil de esconder a los ojos de los demás.

Esta vez Isabel no estaba, acababa de dejarle sólo de forma inesperada, y éste, que siempre había creído que emprendería el camino antes que su mujer, se encontraba en un estado de total desesperanza. Manuel pasaba las horas, los días sin hablar, sin moverse, sin apenas comer, nuestro Manuel afable y cariñoso al que nos tenía acostumbradas ya no estaba. En un estado casi catatónico, de inexpressión, donde sólo alguna lágrima, que de vez en cuando se dejaba escapar, lágrimas que poco a poco fueron modelando surcos en sus mejillas sumiéndole en una eterna tristeza.

Pese a los intentos nuestros y de sus hijos, Manuel se fue con Isabel un martes por la tarde estando yo de turno. Aquél día fue uno de tantos en los que mi coraza protectora, esa que intentas crearte, se vino abajo y lloré, yo también lloré.

Hace ya diez años que pisé con uniforme por vez primera un hospital, en aquél entonces un lazo azul cosido alrededor de la manga izquierda denotaba a los demás que se trataba de una alumna de primer curso. Desde aquél día todo ha sido un ir y venir por distintos centros y unidades. Aún recuerdo el miedo que pasé mi primera noche como enfermera titulada, Nochebuena del 2006, acompañada de una auxiliar, también novata claro, eran fechas en las que sólo las nuevas trabajábamos, tenía 25 pacientes a mi cargo, un bocadillo de tortilla de patata que mi madre gustosamente me había preparado y un miedo aterrador a no hacer las cosas bien. Afortunadamente, sólo fue la añoranza de no pasar esa noche en mi casa, todo lo demás salió a pedir de boca. Desde entonces muchas han sido las navidades, Nocheviejas, puentes y decenas y decenas de domingos los que he pasado al otro lado de las puertas del hospital, siempre dispuesta a dejar fuera mis malos días, mis propios problemas, porque aquél que te espera allí sólo aguarda que le recibas con una sonrisa, que le ayudes, que le des esperanza.

Dicen que las enfermeras debemos tener vocación, yo también lo creo, pienso que algo debes tener para acompañar en el sufrimiento a tantas personas y aún así seguir siendo tan gratificante el ir a trabajar, y sí, es cierto, es gratificante, te llena de satisfacción saber que un paciente se alegra de ver que estas de turno, y eso para mí, es suficiente.

En estos tiempos en los que los recortes en sanidad abundan, ahora que cierran plantas enteras de un hospital, donde el material empieza a escasearnos y donde ya no contratan enfermeras, auxiliares y demás personal, no debemos olvidarnos de que hay cosas que por mucho que queramos no pueden ser presupuestadas; cinco minutos a pie de cama para intentar descifrar qué le preocupa, quince minutos consolando a los hijos de Manuel que han visto cómo se iban en pocos días su padre y su madre, y otros cinco minutos para recuperar el aliento y enfrentarte a otra historia, a otras vidas. Ese tiempo de dedicación que constituye la esencia de nuestro trabajo...porque no llegue el día en que nuestra sonrisa sea sólo fugaz, un destello de alegría entre tanta confusión, un abrir y cerrar de ojos; porque las enfermeras al fin y al cabo estamos aquí por elección propia, por elegir un camino que nada tiene que ver con lo que estos recortes intentan hacer de nosotras.

Así pues perdonadme si alguna vez no pude escucharles lo suficiente, no pude sonreírles o no encontraron en mí el consuelo que buscaban, no me dejaron tiempo suficiente para ello.

DIANA MERINO

“Dedicado a todos mis compañeros, a mi familia siempre sufriendo mis turnos, a todos los pacientes que un día se cruzaron en mi camino y me enseñaron a ser mejor persona y mejor enfermera y a los que aún me quedan por ver, a todos los que alguna vez han tenido que cuidar de alguien y especialmente a Juanjo porque él es el que aguanta mis días buenos y mis días malos.”